tido, y para venir á ella de una y dos leguas á la redonda dejaban sus casas desiertas y desamparadas, cosa que puso grande admiración á todos, y más al Beneficiado, que nunca pensó se juntara la gente por ser el tiempo tan extraordinario para semejante fervor de penitencia. Pero no fué menester más que decírselo uno de los nuestros en el púlpito, para que todos acudiesen, y se tomó tan de veras este ejercicio, que reparando algunos en que no tenían túnicas y capirotes para salir á la disciplina, y diciéndoles los Padres que pues el pecado era ya público, también lo fuese la penitencia, ellos se conformaron con este parecer, y sin más reparar, públicamente y el rostro descubierto hicieron su disciplina. Los demás que no pudieron hacer esta penitencia, iban en la procesión con candelas encendidas en la mano, y en la otra el rosario de Nuestra Señora, que no era de menos edificación ver el silencio y compostura de los unos que la sangre de los otros. La tercera y última procesión se hizo en acción de gracias por el buen suceso de la Misión, trayendo al Santísimo Sacramento al rededor de la Iglesia con mucha música y danzas de los mismos niños del pueblo, con que todos se alegraron y consolaron mucho, comenzando á levantar cabeza los que por el pecado pasado habían andado tan confusos y cabizbajos, con lo cual se dió fin á esta Misión con extraordinario agradecimiento de los indios, como lo mostraron en el sentimiento que hicieron en la partida de los nuestros. Este fué tan grande, que las lágrimas que de una y de otra parte se derramaban, no daban lugar á las palabras, juntándose á esta despedida casi todo el pueblo y de dos leguas al rededor, y parecía que el corazón y los ojos se les iban tras de los Padres, según que á porfía se subían en lugares altos, de donde pudiesen gozar más tiempo de su vista, lo cual se tuvo por buena prenda entre otras muchas de que no fué superficial el fruto que aquí se hizo, sino que quedó muy arraigado en los corazones de todos, rogando á Nuestro Señor durase para mucha gloria suya. Halló un Padre cerca de este pueblo una familia entera que se había conservado en su gentilidad, sin haberse bautizado ninguno de ella, porque cuando los indios al principio se bautizaron, uno que era cabeza de esta parentela los escondió é iba ocultando á sus hijos y nietos, y todos los demás deudos cuando nacían, de suerte que no se bautizaban, y así los enseñaba en su idolatría sin jamás él ni ellos haberse llegado á oir sermón ni doctrina, porque cuando esto se hacía en la Iglesia, nunca les faltaban achaques con que del todo se excusasen con sus curas, ó viniesen tan tarde, ó que hubiesen de estar tan lejos que no pudiesen percibir cosa alguna que les sacase de su error, y en caso que alguna vez no les era posible esconder algún niño para que no fuese bautizado, le daban por padrinos á los mismos idólatras, persuadiéndose que con el tacto de ellos no podría el santo bautismo hacer su efecto. Con esto hacían sus ritos y ceremonias gentilescas, y sacrificaban niños, como largamente contó el indio que era cabeza y caudillo de esta superstición: éste, siendo ya viejísimo, le sucedió por su buena dicha que una vez se paró un poco por curiosidad á oir á un Padre de los nuestros, que en su lengua estaba haciendo una plática, y parece que le fué contentando aquella doctrina, de suerte que se determinó á oirla más de propósito, hasta que últimamente le tocó Nuestro Señor y descubrió todo lo que queda dicho, y pidió el santo bautismo. El Padre le catequizó y luego le dió el mal de la muerte,

de manera que fué menester acudir con brevedad á darle el santo bautismo y en recibiéndole murió, dejando harta satisfacción de su predestinación y dando una memoria de los que él había metido en este enredo, con que después se fué haciendo diligencia para hallarlos y remediar estas pobres almas que tan ciegas y perdidas estaban. Y estas Misiones servirán de muestra de los grandes frutos de otras que por brevedad se dejan. Pero con todo, para gloria de nuestra santa fe y mayor manifestación de los frutos que resultan de la doctrina que se predica en estas Misiones, y con la luz del Evangelio que en ellas se les da á los indios, quedan muy confirmados en ella, juzgué que no había de dejar de añadir el caso que se sigue: Estaba un indio anciano que había oido la doctrina de los Padres trabajando (como él lo contó) junto á unas ruinas de un templo ó sacrificadero dedicado á una diosa en tiempo de su gentilidad, y al punto de medio día vió levantarse una niebla en forma de remolino de vapor hasta las nubes, el cual poco á poco se fué engrosando y extendiendo, y se vino á hacer una oscuridad muy espesa que rodeaba al mismo que la estaba mirando, y dentro de ella le apareció la figura de aquella falsa diosa que antiguamente adoraban, dando quejas contra él y contra su pueblo por haberla dejado, diciendo entre otras estas palabras: Ingratos indios, éste es el pago que me dais por tantos y tan grandes beneficios como hice á vuestros antepasados, los cuales, si fueran tan malos como vosotros sois, los hubiera asolado y no viviérais ahora vosotros en el mundo, con tanto atrevimiento que hasta los muchachos por las calles y plazas hacen burla de mí, mas no se irán sin castigo. Viendo y oyendo estas cosas el indio, como se usa en ocasiones de temores y espantos, se santiguó con la señal de la cruz y comenzó á decir el Credo, y luego delante de sus ojos resolviéndose aquella oscura nube en humo y niebla, desapareció; y contando este y otros semejantes casos los indios, y viendo que con sola una palabra del Credo ó con la señal de la santa cruz se deshacen los embelesos del demonio, se confirman más en la ley del verdadero Dios y los tiempos en que más se descubren estos engaños del demonio, son cuando los Padres andan en Misión, de que tenemos largas experiencias.

CAPITULO IX.

Del celo santo de la salud de las almas, y dichosa muerte del P. Francisco Zarfate, que murió estando en una misión que á pueblos de indios y por la santa obediencia había hecho.

Morador era del Colegio de Tepotzotlán el muy fervoroso Ministro P. Francisco Zarfate, cuando fué enviado en Misión á un partido que dista ocho leguas de México, llamado Huitzitulapa, de indios mexicanos y otomites, cuyas lenguas el Padre sabía muy bien, y aunque no era de los antiguos operarios, pero su discreción y fervor era tanto que

se le pudo á él sólo encomendar esta Misión. Ocupóse más de un mes con esta pobre gente, ayudando á sus almas por todas las vías posibles según los ministerios de nuestra Compañía, y correspondió en este breve tiempo tan colmado el fruto á su trabajo, que el mismo Beneficiado, viendo por sus ojos tan breve mudanza de costumbres en los indios, no se acababa de maravillar; dejaban supersticiones, idolatrías, borracheras, y haciendo, como el Beneficiado decía, tantas semanas santas entre año, que ya no había que esperar la Cuaresma para tanta frecuencia de confesiones y comuniones, como veía ejercitar. Demás de eso, en la gente de las estancias había hecho singular fruto, no dejando casi persona sin confesar y darle orden de vida cristiana, con particular instrucción de lo que para salvarse había de hacer; y no era menos lo que todos testificaban de su edificación y buen ejemplo que daba con grande aumento del crédito de la Compañía. En trabajar era incansable, y en su celo tan fervoroso, que el Beneficiado no le comparaba menos que con un apóstol, según que en pocos días acababa lo que á otros en largo tiempo le parecía no pudieran hacer. No cuidaba de sí, ni de su comodidad en algunos achaques que padecía, por entregarse todo á la salud de los prójimos, y á esto atribuían todos el principio de su postrera enfermedad. Porque el día de Pascua de Espíritu Santo, sobre el cansancio de haber oido dos ó tres días antes muchas confesiones, dió la comunión á quinientas ó más personas y predicó no menos que tres sermones en esta festividad, y cuando había de descansar un poco, le llamaron de priesa para un enfermo que estaba en otro pueblo y se quería confesar. Acudió luego adonde le llamaban y dióle un recio sol por el camino, con lo cual llegó cansado y se comenzó á sentir con alguna indisposición. Pero luego el lunes siguiente amaneció con gran calentura y quebrantamiento de cuerpo, y aunque él quisiera quedarse en este pueblo llamado Xilotzingo á pasar su enfermedad, sin dar á nadie cuidado ni otro ruido, quiso Nuestro Señor mirar más por el regalo y consuelo de su siervo, como él miraba por su divino servicio y por el remedio y consuelo de los enfermos que topaba; y así, enviando á la estancia de un hombre muy noble á que se le prestase un colchoncillo, (que aun este pequeño alivio no tenía) el mismo caballero sospechando lo que era, fué en persona por el Padre, y con muchos ruegos le llevó á su casa para cuidar de él con el regalo que su enfermedad pedía. De aquí se dió aviso al Padre Rector de México, el cual, con la mucha caridad que la Compañía acostumbra en semejantes casos, envió luego á un Padre y á un Hermano para que cuidasen del enfermo y le consolasen y regalasen en caso que no fuese posible traerle á curar al Colegio. Caminaron el Padre y el Hermano toda la noche, y á las cuatro de la mañana, entrando el día sexto de su enfermedad, hallaron al Padre muy descaecido, con algunos principios de hervirle el pecho y con una fatiga muy continua y penosa. Pero alegróse grandemente con la vista de los suyos, y no acababa de agradecer la merced que Nuestro Señor le hacía, en que no sólo muriese en tal demanda de emplearse en ayuda de la salvación de las almas, sino que también gozase de la dulce compañía de sus Hermanos. Y así, las primeras palabras que les dijo en viéndolos entrar, fueron: «huélgome que me hallen ocupado en cosas de la obediencia y de tanto servicio de Nuestro Señor, como es el bien de estos pobres indios,» lo cual repetía muchas veces

con admirable consuelo. Asistiéronle con todo cuidado y regalo posible, y fué mucho el de aquellos señores que le tenían en su casa, que como si fuera propio hijo suyo le acudían á todo lo necesario por su misma mano. Pero agravándose la enfermedad, le dieron el Viático al séptimo día con grande gozo de su alma, y tan admirable júbilo, que en medio de las angustias de la enfermedad que eran gravísimas, no podía disimularlo; al octavo le dió un accidente tan recio, que fué menester ir por la posta para traerle la Extremaunción del pueblo más cercano, y temiendo el Padre que le asistía que se le muriese sin este sacramento, le dijo que rogase á Nuestro Señor no le llevase antes de recibirle. Respondió el P. Zarfate: esté vuestra reverencia cierto que Dios me ha de hacer esta merced. Así fué, que recibió este sacramento y después vivió otros dos días para mayor merecimiento suyo y ejemplo de su paciencia. Porque aunque en este tiempo nunca se le remitían los dolores de costado, de espaldas y una jaqueca terrible y grande ansia del pecho, y en arrancar difícil y doloroso de la sangre que echaba y otros accidentes prenuncios de la muerte, pero en medio de ellos, conservaba su rostro sereno y alegre que ponía devoción y las palabras que de ordinario repetía, eran: gracias á Dios, gracias á Dios. Poco después de oleado pidió perdón al Beneficiado de las faltas que en sus ministerios había hecho, y un rinconcito en su Iglesia donde fuese sepultado su cuerpo. A lo primero respondió el Beneficiado, que antes debía ir muy consolado y confiado en la misericordia de Dios, de que sus buenos trabajos, tomados con tanto celo y fervor de espíritu, habían de ser premiados con aventajada gloria en el cielo, y á lo segundo, que se tenía por muy dichoso él y todo su partido en haber de quedar en posesión de tal prenda como era su cuerpo, y poco antes de esto, el Beneficiado y el caballero en cuya casa estaba, habían rogado á los nuestros que si el Padre muriese se lo dejasen allí enterrado. Pero llegando una carta del Padre Rector de México en que ordenaba que fuese llevado el cuerpo á sepultar en aquel Colegio, y oyéndolo el enfermo recibió tal consuelo, que bastara á darle salud si él mismo no hubiera suplicado antes lo contrario á Nuestro Señor, con un ardiente deseo que tenía de ver la humanidad santísima de Cristo Nuestro Señor, á la Virgen Santísima, á nuestro Padre San Ignacio y á los demás de nuestra Compañía, que así lo repetía él muchas veces, y añadió: que había de pedir á Nuestro Señor le llevase á tiempo, que cómodamente pudiese su cuerpo ser llevado al Colegio de México. Todo lo cual nacía de la estimación que hacía de morir en la Compañía, y así fué, que visiblemente comenzó luego á empeorar hasta la última boqueada; pasó de esta mortal vida á la hora más acomodada que según las circunstancias presentes podía desearse para este efecto, que fué á las tres de la tarde, á 6 días de Junio del año de 1597. Juntáronse luego los indios comarcanos, y se aparejó lo necesario para la partida dentro de tres horas.

Aquí sucedió un caso que porque el Padre que le ayudó á morir como testigo de vista lo tuvo por maravilloso; lo pondremos aquí, y fué: que estando el caballero en cuya casa murió el Padre, muy afanoso para acomodar unas andas en que fuese llevado el cuerpo, en el patio de su casa entró de repente sin poderlo prevenir ni remediar los vaqueros, un toro feroz, acosado y agarrocheado que en todo aquel día no le habían podido sujetar ni encerrar, y en viéndose en el patio

arremetió desatinadamente adonde estaba la gente, y llegando á hacer golpe casi en las mismas andas donde estaba el cuerpo del Padre, le alcanzó un vaquero de la cola y lo hizo arrodillar, y acudiendo con la otra mano en que llevaba un cuchillo, le dió en el cerviguillo con tal destreza que al punto cayó allí muerto, con que se libró el buen caballero, que de otra manera parecía imposible el poder librarse. Finalmente, el Padre y el Hermano vinieron acompañando al cuerpo con indios de remuda que le traían, y caminando toda la noche llegaron el siguiente al Colegio de México, donde se le hizo el entierro y oficio debido con particular sentimiento y devoción de todos los Padres y Hermanos nuestros, que por su grande virtud y religión mucho le amaban. Tenía este buen Padre y fervoroso Ministro de indios cuando murió 34 años de edad y 16 de Compañía. Había estudiado Artes y Teología con buen aprovechamiento. Era natural de la ciudad de México, donde al presente tenía madre y muy honrados parientes, pero él estaba tan despegado de ellos y tan olvidado de todo lo que es carne y sangre, que antes le era molesto el hablar ó tratar de ellos, como lo mostró muy bien en esta enfermedad postrera. Porque aun yéndole á visitar unos tíos suyos á la estancia donde murió, él se cansó mucho de esta visita, y así en saliéndose del aposento, abrió los brazos hacia el Padre y Hermano que presentes estaban, diciendo: «vengan acá mis Padres, mis Hermanos, mi Compañía, murámonos aquí, murámonos aquí, sin estas visitas y cumplimientos, qué más quiero yo que ver aquí mis Hermanos?» Consuélenme ellos, que esta enfermedad aflige mucho; y aunque su madre le había enviado dos ó tres veces algunos regalos, nunca se le oyó palabra que oliese á natural afecto ó sentimiento. Poco antes que muriese dijo delante del Beneficiado y de los Padres: que desde que salió á esta Misión le había dado Nuestro Señor primicias de que había de morir en ella, y cuando se despidió de los Padres para ir á ella se le advirtió esto mismo. También habló diversas veces mucho y muy encarecidamente acerca del ministerio de los indios en que Nuestro Señor le había puesto, y en que moría con consuelo, fundando en eso gran parte de su esperanza. Porque decía que eran grandes las prendas de gloria muy crecida que tenían los que se empleaban con esta pobre gente, y que si en algún ministerio se experimentaba el ciento por uno de la gloria era en éste, y que así él le estimaba en más que otros de cátedras y púlpitos, que lucen en los ojos de los hombres, y que esta verdad se conocía con verdadero desengaño en aquella hora, la cual ya era muy cerca de su dichosa muerte. Con estos desengaños y consuelo del alma murió este bendito Padre y en él fué más edificación por morir en edad en que suelen temer tantos, como porque tenía muy buenas partes para emplearse en otros ministerios más honrosos; pero en los humildes en que lo cogió la muerte, murió consoladísimo y podemos decir que rindió la vida por el amor de Cristo y de sus prójimos en que consiste la caridad perfecta.

CAPITULO X.

Vida y virtudes del P. Pedro Vidal, insigne operario en la lengua otomí, que gastó muchos años en la doctrina y partido de Tepotzotlán.

Por remate de lo mucho que se ha dicho del Colegio de Tepotzotlán, acabaré con referir las heroicas virtudes del P. Pedro Vidal, muy fervoroso é infatigable obrero de la salud de las almas, cuyos trabajos pasados por Cristo en la conversión y ayuda de los indios, son muy digna materia de este lugar y merecen la justa memoria que de ella hacemos. Nació el P. Pedro Vidal en Canauta en el Reino de Aragón, en cuya Provincia entró en la Compañía y luego dió muestras del gran caudal de espíritu y virtud que Nuestro Señor le comunicaba, comenzando desde su noviciado y primeros estudios á anhelar á la perfección, disponiéndose para alcanzarla con particulares ejercicios de piedad y devoción, con que encendía y enfervorizaba á los otros connovicios y condiscípulos. El celo que luego comenzó á arder en su corazón de la salud de las almas, movió á los Superiores á enviarle á esta Nueva España á procurarla, habiendo oido sólo el primer año de su Teología que acabó en el Colegio de México, adelantándose en los estudios, no menos que en el fervor y aprovechamiento de espíritu. Después de la tercera Probación, fué enviado á Tepotzotlán á que aprendiese las lenguas otomí y mexicana, que supo y ejercitó con eminencia, rompiendo con todas dificultades y no perdonando á trabajo ni diligencia en esta demanda, con deseo de emplearse todo en servir á los prójimos y salvarlos.

Este celo cada día más fervoroso crecía en el pecho de este varón, y sus llamas que siempre duraban, lo encendían para poner todo su cuidado en el bien y amparo de los indios, en cuyo trato y enseñanza gastó 40 años, dando siempre maravillosas demostraciones de santidad con los heroicos ejemplos de las virtudes que ejercitaba. En el Seminario de San Martín, de que ya tratamos, y tuvo á su cargo más de 20 años, atendía con gran vigilancia al aprovechamiento de aquellos indiecitos, buscándoles el sustento, criándolos en policía, enseñándoles buenas costumbres para que volviendo (como él decía) á sus casas las enseñasen á los suyos: con el mismo tesón acudía á enseñar la doctrina cristiana y catecismo á todos los niños del pueblo que se juntaban en el cementerio de la Iglesia, gastando largo tiempo en vencer su rudeza, asistiéndoles hasta los últimos años casi sin poderse tener en pie por estar su salud muy quebrantada de continuos achaques y enfermedades, en especial de la gota, que le tenía casi impedidas las acciones; pero su espíritu siempre robusto y fuerte para el trabajo no desflaquecía ni se cansaba, porque fuera de la enseñanza de los niños, se quedaba á industriar y confesar á los más rudos, dando trazas como ninguno quedase sin ser ayudado, y lo que más admiración causaba á todos en este venerable varón que conocí y traté muy de cerca y mucho tiempo, era ver la apacibilidad y devoción con que ejercitaba estos ministerios en que más parecía que estaba orando

en quieta contemplación, que tratando negocios exteriores con prójimos. Ayudábale á esta facilidad y suavidad de condición una admirable pureza de intención que se traslucía y lo traía siempre muy recogido, procurándola en todas sus obras y hablando de ella con grande aprecio. Esta le hacía reparar en las cosas mínimas con singular vigilancia y andar tan desasido de las del suelo, como si viviera en el cielo, sin que jamás se conociese en él inclinación á alguna de la tierra. Era también maravilloso el dón que Dios le había comunicado para consolar los tristes y afligidos, y dar medios y trazas en los negocios espirituales del alma. Ninguno llegaba á pedirle consejo, favor ni ayuda, que no hallase en él todo lo que deseaba, sufriendo con paciencia las ignorancias y cortedad de las muchas personas que de toda la comarca se venían á acoger á la sombra de su caridad, atraidos de la discreta afabilidad con que les atendía y del buen expediente con que procuraba consolarlos á todos, y edificándolos con la compostura religiosa y humilde seriedad que guardaba, sin que se viese en su semblante mudanza ó en sus palabras desabrimientos. En la virtud de la humildad, fundamento y guarda de las demás virtudes, resplandecía tanto, que no se le advirtió acción ni palabra que desdijese de su perfecta observancia, dando muestras de ella en el encogimiento exterior con que andaba delante de todos, de manera que parecía que no era digno de parecer en su presencia y que todos los otros le eran superiores, y así les hablaba con notable sumisión y los procuraba honrar en todas ocasiones: de esta humildad nacía la repugnancia que tenía á oficios de gobierno. Cuando fué señalado por Rector de Tepotzotlán, confundido de sí y admirado de los Superiores, hizo extremos de sentimiento, y siempre que se trataba de encargarle algún oficio de honra procuraba huirle el cuerpo y eximirse del mejor modo que podía. Y efecto fué también de esta virtud el rendimiento, claridad y puntualidad con que daba cuenta de su conciencia á los Superiores, como si fuera un novicio. A su pobreza, que era muy hermana de su humildad, celaba como á muro de la religión, sin permitir que por ningún camino se desportillase. Contentábase con lo más vil y desechado de la casa, sin buscar comodidad aun en los últimos años de su edad, cuando su vejez y enfermedades pedian alguna dispensación. No dispuso de cosa por mínima que fuese sin licencia del Superior. En todos los cartapacios, aunque fuesen muy pequeños, les ponía títulos que pertenecían á aquel Colegio. En la obediencia fué rendidísimo no sólo á los Superiores, poniendo en ejecución la menor insinuación de su gusto y acudiendo á ellos en las dudas que acerca de esto se le ofrecían, sino aun á los Hermanos novicios que eran sus enfermeros y oficiales subordenados, obedecía puntualmente en cuanto le ordenaban. Su mortificación se echaba de ver en la continua tarea de sus ministerios, sin dar muestras de cansancio ó fatiga; en los trabajos é incomodidades que padeció en los caminos, cuando iba en Misiones á los pueblos de indios; en la igualdad de ánimo con que llevaba las enfermedades, hallándole siempre apacible y conforme con la voluntad divina, en medio de sus más terribles dolores de gota con que su paciencia y fortaleza de ánimo fueron acrisoladas. Varón tan grandemente mortificado, no pudo dejar de aventajarse mucho en la oración y trato con Dios, cuya gloria buscaba en todas sus obras. No sólo largas horas, sino todos los momentos del día gastaba en este ejercicio, porque era

continua la presencia que tenía de Dios y su conversación en los cielos. Y aunque velaba en ocultar la gran dulzura y continuos consuelos que su alma recibía, no le era posible, porque en las Misas que decía y oía, y en todos los demás actos de piedad y devoción que hacía, y á que asistía, y en los sermones que predicaba, eran á veces tantas las lágrimas que derramaba y tal el fervor de su espíritu, que había menester usar de algunos medios para poder reprimirse y pasar adelante con el sermón. Finalmente, se puede decir y puedo yo decir de este santo varón, que fué su vida irreprensible, pues apenas se le pudo notar cosa que oliese á imperfección, siendo á todos modelo de santidad y un ejemplar de los operarios perfectos de la Compañía; y aunque fué mucho lo que de sus virtudes descubrió, mucho más fué lo que con santa humildad y deseo de apocarse encubría á los ojos humanos. Habiendo vivido la vida tan religiosa y santa que hemos dicho, parece tuvo prenuncios de su cercana muerte la Cuaresma del año de 1622, y así se aventajó estos últimos días en el celo del bien de las almas, y se esforzaba en el mucho trabajo de sermones, pláticas y confesiones, y en los ayunos y penitencias, y aunque tenía licencia para comer carne por sus enfermedades, no quiso usar de ella, sino de más rigor y aspereza. Comenzósele á relajar el estómago y á no poder retener la comida, y poco á poco se le iba consumiendo el calor natural, y no habiendo médico en el pueblo de Tepotzotlán que lo curase, los Padres del Colegio, que lo amaban tiernamente y le deseaban la vida, determinaron que en una especie de literita y en hombros de indios le llevasen á nuestro Colegio de México, distante cinco leguas, para que allí fuese curado. A tiempo que esto se ejecutaba, á la puerta de nuestra portería se juntó número de indios é indias que se deshacían en lágrimas de ver que se llevaban á su Padre y que no sabían si lo habían de ver más; besábanle la mano y le pedían su bendición. El con amor de Padre las consolaba, y como humilde les decía le encomendasen á Dios, y acompañado de un religioso nuestro y otros indios principales del pueblo le llevaron á nuestro Colegio de México, donde con grande cuidado se trató de la cura de un Padre tan venerable y amable como era el P. Pedro Vidal. Pero no aprovecharon los medicamentos, porque quería Dios premiar sus santos trabajos, y así, habiendo recibido los santos sacramentos, dió su espíritu al Señor á 1º de Mayo de 1672 años, á los 67 de su edad, de los cuales empleó gloriosamente los 47 en la Compañía y los 30 con profesión de cuatro votos.

Extendióse luego la nueva de su muerte, y fué extraordinario el dolor y sentimiento que así indios como españoles de toda la comarca mostraron, lamentándose por los caminos, publicando á grandes voces la pérdida de su Padre. Y para que se vea lo mucho que le amaban y estimaban los indios, acabaremos su vida y dichosa muerte con dos cartas que escribieron dos Caciques al Padre Rector de Tepotzotlán, y aunque en su lengua tengan mayor énfasis, sus palabras traducidas en la nuestra, dicen así: «En este punto de la media noche supimos cómo el Señor llevó para sí al ciudadano del cielo, á nuestro amado P. Pedro Vidal, el cual con su sombra nos cubría, lo cual nos fué de grande pena á todos sus hijos, Alcaldes, Regidores y los demás de este pueblo que quedan llorando tristes y afligidos de que Nuestro Señor nos haya sacado del mundo al abogado de los pobres, pero que podemos decir que era báculo y arrimo de todos los de este

pueblo. Mas consolémonos los que quedamos huérfanos sin nuestro Padre, con que el haberle llevado Nuestro Señor al cielo habrá sido para que mucho mejor allá pueda abogar por nosotros delante su divina Majestad, y esto es lo que nos alienta por ahora. Luego que amaneció, todos sus hijos y cofrades de las dos Cofradías rogamos encarecidamente á nuestro Padre Rector se nos dijese una Misa cantada por nuestro Padre difunto, la cual se dirá luego para que se acuerde de nosotros delante de Dios y de su Santísima Madre. El mismo Señor hacedor y Criador Nuestro, guarde á vuestra reverencia. El pueblo de Tepotzotlán.» La segunda carta de otro Cacique, es en la forma siguiente: «Padre nuestro muy amado: puesto á tus pies con lágrimas en los ojos, te significamos el dolor y sentimiento que nos ha causado la muerte de nuestro querido Padre el santo Pedro Vidal, por habernos dejado huérfanos, á quien Dios había prestado algún tiempo para amparo de los pobres, y para que á todos nos mostrara el camino del cielo, ¿qué podremos decir, Padre nuestro, sino que ya se acabó su dichosa y santa vida? Tenemos esperanza que mucho más nos ayudará desde el cielo, que nos ayudaba acá en el suelo. Pídote, Padre muy amado, que envíes alguna cosa de las que nuestro Padre tenía, su rosario ó cíngulo ó cualquiera otra de nuestro santo, que la tendré y estimaré como preciosa reliquia, la cual me será de particular consuelo toda mi vida.»

CAPITULO XI.

De la casa de residencia que tuvo la Compañía de Jesús en la ciudad antigua de la Veracruz.

Muy grande era la fama que por todo el Reino de la Nueva España se exparcía de los loables trabajos y del singular fervor y gracia con que los primeros Padres de la Compañía, que habían llegado de España, se ocupaban en desterrar vicios de los corazones humanos, y en despertar la gente á ejercicios de devoción, siendo como una fuente de saludables aguas que regaban y cultivaban con su doctrina, ejemplo y predicación, las tierras y ciudades donde entraban, y así, eran pedidos para fundar casas y Colegios en los principales puestos del Reino; de estos, fué uno de los primeros el puerto de la Veracruz, lugar que fué uno de los primeros que fundaron los españoles en la Nueva España. Desde el punto que á él llegaron nuestros primeros Padres que vinieron de España, descansaron y pidieron sus vecinos con instancia que diesen principio á fundar allí alguna morada, y esos deseos se fueron después aumentando con la ocasión de la doctrina y ministerios de algunos Padres que en Misión allí fueron enviados, hasta que casi por el mismo tiempo que la Compañía había hecho asiento y tomado casa en el pueblo de Tepotzotlán (como queda dicho), los vecinos de la Veracruz antigua hicieron instancia para que también en esta ciudad viviese de asiento y edificase casa la Compañía.

Y antes de descender en particular á las casas de esta fundación,

debemos, conforme á nuestro intento, decir algo del puesto y calidad de la Veracruz vieja, y después de la que se llama nueva, y es la que hoy permanece. Estaba la ciudad de la Veracruz antigua distante ochenta leguas de la ciudad de México; era el puerto cerca del cual antiguamente surgían las flotas que cada año venían de España á este Reino, y el de más inmediato y continuo comercio con Europa y otros puertos de las Indias. Fundóse esta ciudad en la tierra firme á las riberas de un hermoso río de mucha amenidad y frescura, una legua del mar, donde surgían las naos y de donde subían las mercaderías en pequeñas embarcaciones que pedían poca agua porque pudiesen entrar por la barra del dicho río que es poco hondable, y no siempre una misma, porque la mar alborotada con la furia del norte (viento terrible en aquestas costas) unas veces con la grande resaca la cierra y cubre de arena; otras, forcejeando las aguas del río para correr al mar, abren camino por donde pasan las embarcaciones, y así la entrada por esta barra era muy peligrosa, teniendo unas veces bastante fondo para que entrasen con facilidad en el río los barcos, y otras con mucho trabajo, exponiéndose á grande riesgo. El puerto de la ciudad es muy caliente y húmedo, molestado de mosquitos en tanto grado, que apenas permiten tener luz en los aposentos; y lo que hacía más desacomodado ese puesto era el ser poco saludable é infestado de enfermedades; pero la ansia y hambre de enriquecer, *Auri sacra fames*, como encareció el otro poeta, allanó estas dificultades y otras mayores se vencieran por este puerto, donde concurre la riqueza de España y de Indias, y así, de ambas partes eran muchos los contratantes y no pocos los que dejaban allí, en busca de la plata la vida. Tenía antiguamente esta ciudad lugares de indios en su comarca, tan populosos y grandes, que llegaban en algunos á sesenta mil los vecinos de ellos, y hoy, por particular disposición del cielo, no se ve uno solo en diez y seis leguas en su contorno. Como bullía tanto el comercio en esta ciudad, había mucha necesidad de personas doctas y de rectas conciencias que desmarañasen sus contrataciones de mar y tierra que eran tan gruesas como dificultosas, y había menester aquel campo una lluvia copiosa que le fecundase, porque estaba hecho un eriazo lleno de malezas, de tratos peligrosos y vicios y torcidas costumbres, que cada día crecían más con la falta de obreros y Ministros que las desarraigasen y sembrasen la piedad y obras de virtud en aquellos principios, porque aún no había ninguna de las sagradas religiones en este puerto.

A esta inculta selva movidos del celo de las almas y de la honra de Dios, fueron en Misión los Padres Alonso Guillén y Juan Rogel de nuestra Compañía, incansables y fervorosos operarios (cuyas virtudes y santas obras escribiremos adelante), y con su espíritu vehemente y libertad santa en el reprender, necesaria para pueblo tan distraido y otros vicios, y no acostumbrado á oir la predicación cristiana, hicieron extraordinario fruto en los vecinos y gente de mar, desterrando vicios, introduciendo frecuencia de sacramentos, exhortando á hacer restituciones de mucha monta, reconciliando enemistades antiguas, y finalmente, haciendo tal mudanza en la gente, que en breve parecía otra la ciudad por las nuevas costumbres que ya reinaban en ella.

Mucho tiempo habían estado los dos apostólicos Misioneros cultivando tan bien, y cogiendo buenos frutos de la tierra y lugares cir-